

A SALTO DE MATA · FASCÍCULO 7

Sobre las barandillas de los puentes levadizos

"Otro tiempo, otra vida, otra muerte, otra tierra / Donde los pobres héroes iban siempre a caballo / Y no se apeaban ni en la estatua propia." — Mario Benedetti

"Les quería contar una historia de otro tipo, de otra máscara, de otro personaje... pero para qué liarles más con mi barroquismo y mis cábalas hebreas, les hablaré de mí, y de los míos. Si ya ayer fui un personaje que se narraba, que se inventaba, que lo vivía desde los infinitos cielos de los adentros hasta los interminables volúmenes de los afueras, ayer, como hoy, soy emoción: cerebro, emoción y personaje."

...Me llamaban Toni, Casablanca, Dana; de Ana la liebre a Toni el Rata, de Toni el Ratana a Dana Mause, cuando era el vocalista de una banda de punk glam a lo New York Dolls, aún más malos que ellos. El nombre me lo guardo por si ofendo o molesto a mis amigos y compadres de entonces, que el que más y el que menos siguen en sus trece, ejerciendo de satélites del Rock.

Así que vamos a por la mostaza, que hoy el grano se queda pequeño.

Hablar de cuando tenía 18 años, uno más, uno menos, no requiere de pequeñeces o aperitivos; precisa de infinitos mundos que se caen y que se comen, o te comen. De padres malos, de madres tontas, de pijos de mierda, de barandillas, de puentes, de riesgos y de R'N'R forever electric... Wild Flower, oh yeah, param pan pan...

De tener la muerte de frente y echarse unas risas con una Txibeca, las litronas de Barcelona en el parque de la estación. ¡Venga ese riff, carajo!

Paz, perro, paz hombre.

Pues entonces a ese Toni que ya escribía poesía y se limpiaba las resacas en la biblioteca del barrio, escuchando a Billie Holiday, Sarah Vaughan y Ella Fitzgerald, leyendo a... bueno, esto ya me lo ahorro. Todavía no quiero que descubran mi absoluta arrogancia, porque lo soy, de largo. Y me importa un carajo que sea una virtud o un defecto.

Me gustaba estar en pandilla tanto como me gustaba estar solo, mucho más solo que en pandilla, pero la edad, el rock y las máscaras son los que mandan, quienes nos batutan ayer, hoy y siempre. La solución al problema la hay, pero no la busquen fuera; allá o eres guapo o eres feo según a quién le preguntes: a tu madre, a tu prima o a la exnovia a la que le pusiste un par de veces

los cuernos de gamo. ¿R'N'R, recuerdan?

Pues bueno, ahí vamos, pocos pero cojonudos, como dijo Jaime de Urrutia en un concierto para quince personas, contando a las camareras del local. Y se marcaron tres horas de chulapa madrileña puestos hasta las cejas; hasta las cejas, incluso, del técnico de sonido y el portero matón.

Me gustaba ir por las barandillas de los puentes que no eran levadizos como los de Benedetti, pero que ya los elevaba yo conmigo. Viernes, sábados, eran los días estrella, los elegidos allá en las horas intempestivas y más oscuras, en las albas de entrevías y entretiempos. Era entonces que me encaramaba a las barandillas de los puentes y me las recorría de lado a rabo y de rabo a raba, una y otra vez, como la equilibrista Koo Koo de Freaks en el banquete de bodas o como Morrison en sus sueños más letales.

Pero esto iba en serio, hasta da para una peli.

Me comía el mundo gritando, pateando, buscando el final para ver qué es lo que había detrás: si era Jesús de Nazareth, el paraíso o mi tío abuelo Francisco. Quería saber, abrir la caja del experimento del gato de Schrödinger, y me importaba un carajo si el gato estaba o no estaba, vivo o muerto; lo que quería era llegar a la caja, la dichosa caja de todos los males, las lenguas y quien las habla, las religiones y quien se las inventa, los socialistas y sus

puñeteras rosas, los comunistas y sus regímenes, los de un bando y los del otro, en todas las guerras. Me ahorro comentarios sobre aquella guerra nuestra de los años treinta, ¿recuerdas?

Mis sentimientos eran la experiencia mental de mis cambios corporales, y esto para un poeta maldito y adolescente, sagitariano y extremeño, baudelairiano y rimbaudiano, torosentadisano y caballoloquiano, con mucha mala leche acumulada y un cartel luminoso en la frente donde se leía "solo para locos", era la bomba atómica del 2084, junto a todos los animales de la granja convertidos en cuervos y vampiros.

Era como Frankenstein, pero a lo guapo, muy guapo, y yo, como no, me aprovechaba de ello para mis fines, siempre para mis fines.

Desde mi Insula Barataria extendía mi onda abrasiva a todos los mundos. Quien no danzara conmigo en el ritual de las muertes no era el enemigo (en los cuales nunca he creído), sino la personificación de la ausencia y el abandono, esos que no precisan de guadañas y esqueletos.

Los puentes y sus barandillas, los vacíos, eran el elemento principal de mi ecosistema. La poesía, los libros, el pueblo, pueblito, pueblón, los malditos franceses, Panero, los Lakota y su camino rojo, mi YAYA ANA MARÍA, Herman Hesse, Shakespeare, las bibliotecas, el jazz y el soul, me salvaron la vida,

me quitaron lo sobrante y me dieron lo importante: el detalle, la meta, el paso más allá, el juego de nunca acabar, porque esto, mis queridos niños y niñas, vengan a mí, no se acaba nunca, aunque sean cuatro días.

No se acaba nunca jamás; en las carnes de todos nosotros seguro que sí, en algún momento, pero en las prendas que dejamos en este único Gan Edén, el Paraíso, no perdido, sino encontrado: acá en la tierra, en el piso, en los ríos, en las gentes, en los negocios, en los niños de tres hasta los de setenta y ocho años, en los síes y en los noes, en tu madre y en tu padre, sobre todo en tu madre, en Kreta o en Palestina, en quien te quiere y en quien no te aguanta, en los que nunca dicen nada y en los que no paran de chacharear, en sus vientres, en sus nalgas, en sus pechos, en sus sienes... Acá es donde suena la vida, la vida misma, con barandillas, puentes y fuentes.

En todo ello y en todo más, sobre todo, en nuestro lenguajear, que es donde habita la vida, lo extraordinario de lo ordinario, vender, siempre vendiendo: poemas y novelas, ciencia, ficciones, recuerdos, cerebros, INSULAS BARATARIAS, que son la puerta de lo humano, demasiado humano o demasiado poco. Damasio el Humano o Maturana el Humano.

El más allá, el después o la promesa, los mapeamos acá, no más que acá, en nuestras derivas como organismos vivos, sin verdades

y sin mentiras; mientras nos narramos y lenguajeamos, vamos más allá, así lo construimos y lo constatamos, lo vendemos y lo compramos, nos emocionamos; porque vivimos y actuamos desde nuestras emociones que configuran nuestro espacio natural.

Gracias, Humberto. Y sentimos porque el cerebro cartografía continuamente el cuerpo. Gracias, Antonio.

Por todo ello tenemos que vender y comprar el traje del más allá, el que mejor nos encaje... yendo y viniendo, mejor que "volando voy, volando vengo, y por el camino yo me entretengo".

Pues no nos entretengamos más, pero tampoco tengamos las prisas del histérico; vayamos más allá siempre y cuando sea, que el mono ha vivido siempre en la selva sin saber de botánica. Gracias, Jesús Martínez Fernández, y a quien se lo dijo a él; gracias a tod@s por llegar hasta aquí.

Y ya saben, sigan un paso más, más veces más; pasito pa'lante, pasito pa'trás, pero no olviden lo siguiente, lo siguiente: no compren comodidad ni espirituosidad, compren y véndan-se el ahora, científicamente comprobado, que aunque otros más (que los hay) son entretengos en nuestros "volando voy" y los "volando", venga ese Camarón de la ÍNSULA.

¡He dicho!

Sobre las barandillas de los puentes levadizos.

Y...

"Abajo estaba el mundo / Abajo los de abajo / Los borrachos de hambre / Los locos de miseria / Los ciegos de rencores / Los lisiados de espanto." — Mario Benedetti

PD: No les pido disculpas porque no tiene sentido, pero sí les digo que les quería contar algo más, pero me he puesto a hacer saltos de mata y me he tomado esa libertad financiera y fascinera. La próxima semana más "A SALTO DE MATA" pero sin irme por las ramas, se lo juro por mi YAYA.

Antón K. — antonkaegikah.com